

# PODERES Y UNIVERSIDAD DE MEXICO DURANTE LA EPOCA COLONIAL

Mariano Peset

En el año 1551 firmaba el príncipe Felipe la real cédula por la que se erigía la universidad de México con todos «los privilegios, franquezas y libertades que ha y tiene el estudio e universidad de la ciudad de Salamanca, con las limitaciones que fuesemos servidos...». Se trasladaba el modelo de nuestra vieja universidad medieval al otro lado del Océano, para que hubiese en aquella ciudad una «universidad de todas las ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen instruidos en las cosas de la santa fe católica y en las demás facultades»<sup>1</sup>. Ahora bien, ¿es posible trasladar unas estructuras determinadas a una sociedad distinta? En tanto significa la creación de una universidad análoga, de un centro de enseñanza superior, no cabe duda; pero ¿funcionaría el estudio de igual manera que el salmantino?. La salvedad que hace el rey es significativa: en el mismo documento de creación hay elementos que no pertenecen a Salamanca, como es su sostenimiento con ventas reales —la universidad del Tormes se nutre y basa en rentas decimales eclesiásticas—. O también se advierte que el maestrescuela no tendría igual jurisdicción que el salmantino o que no se eximía de impuestos a los componentes de aquella universidad<sup>2</sup>. Los cambios son, por tanto, notorios, desde los inicios, aunque puede admitirse que se pretende imitar la organización salmantina...

En más de una ocasión he podido constatar que aun cuando el modelo de una determinada universidad se proponga para otra, las circuns-

tancias y las realidades —su historia— lo cambia. En el antiguo régimen —en la época colonial, si nos referimos a México—, los organismos o instituciones constituyen individualidades propias, pues el poder todavía no ha empezado a utilizar, en sus controles, la uniformidad; domina, pero no siente la necesidad de igualar todas las instituciones del mismo tipo, respeta las peculiaridades. En los siglos XIII y XIV, al crearse las primeras universidades peninsulares de Palencia, Salamanca, Coimbra o Lérida..., todas se inspiran en el modelo de Bolonia, sin embargo, sus diferencias son notables. La enseñanza tal vez presenta cauces muy análogos, pero los poderes universitarios se estructuran de diferente modo. Salamanca, más eclesiástica por sus rentas y su organización, aparece con mayores dependencias de la Santa Sede o de su maestrescuela; Coimbra estará sujeta al rey portugués y a sus jueces conservadores, mientras Lérida, sufragada por el municipio, presenta, a mi parecer, el modelo boloñés más puro, con intervención de sus cónsules y *pahers*<sup>3</sup>. Este mismo fenómeno se produce en épocas más tardías, por ejemplo en Cervera, en donde reúne Felipe V todas las antiguas universidades catalanas y crea una nueva al estilo salmantino; desde el primer momento, las tensiones entre el canciller y el rector, deciden al monarca a prescindir de este último —en Cervera no habrá rector—. La organización y funcionamiento de esta universidad no es, exactamente, la salmantina<sup>4</sup>. Cada universidad es un mundo propio y conviene no olvidarlo si queremos entenderla...

México, en consecuencia, tendría sus propias características como puede apreciarse en su historia<sup>5</sup>. Sin embargo, no puedo realizar un análisis de su vida universitaria, tan amplio que permita demostrar hasta en sus detalles mis afirmaciones. Voy a intentar un análisis institucional en este sentido, que podrá ser completado en el futuro con mayores datos y demostraciones. La historia institucional significa a mi modo de ver una parte, previa si se quiere, pero importante, de la historia de las universidades. Trata de ver la organización y el equilibrio —o la pugna— de los poderes que se ciernen sobre una determinada institución. A través de sus normas —tan ricas de datos en el antiguo régimen— y de la práctica de esos poderes nos podemos acercar a una primera visión de la universidad. Yo voy a trabajar sus normas, sus textos jurídicos<sup>6</sup>, ante la imposibilidad de realizar un trabajo de archivo y no ser suficiente la bibliografía que existe. Naturalmente, la historia institucional no

basta, es menester completarla. En la historiografía universitaria más reciente, tres son las vías por donde se logra el avance hacia versiones más complejas del mundo de las universidades:

a) La historia de las ciencias, pues resulta indispensable conocer el mundo científico para entender el sentido de los centros universitarios. La universidad cultiva en parte las ciencias y las trasmite —o bien, dificulta su desarrollo y se aferra a viejas tradiciones—. En uno y otro caso está inmersa en este ámbito y sin su fondo, poco podremos entender.

b) El análisis social, que se ha aplicado a numerosos órganos y que también ha iniciado su penetración en las historias de la universidad. Se trata de saber quienes fueron sus profesores —no sus nombres y grados, sus escritos..., a la vieja usanza— sino su nivel social y económico, sus formas de acceso o de promoción, etc. Se busca poder precisar qué significan en una sociedad determinada<sup>7</sup>. Quizá más importante todavía, cuántos y quiénes fueron sus alumnos, para determinar sus contingentes —su importancia— y su posterior penetración en la sociedad de su tiempo; las clases de que proceden y en las que se articulan después de sus estudios...<sup>8</sup>.

c) Los aspectos económicos de la universidad con el estudio de sus rentas e ingresos, las variaciones que experimentan etc. Incluso los salarios de profesores o las futuras posibilidades de los titulados, entrarían a enriquecer el cañamazo de la vida económica universitaria<sup>9</sup>.

Concluiré esta introducción, que tenía por objeto precisar el alcance de estas páginas, para reanudar mi narración sobre cómo se estructuran los poderes en la universidad mexicana colonial.

### *Salamanca y México*

Salamanca había logrado en la Edad Media un cierto equilibrio en los poderes que intervenían en la universidad. El pontífice, a través de sus bulas, estaba presente, si bien dejaba una amplia autonomía en los claustros, los estudiantes y los profesores; la intervención del rey era asimismo mitigada, sólo en los casos en que se pedía su autoridad<sup>10</sup>. La vida de las aulas se organizaba desde tres instancias o poderes internos:

- a) El rector era anual, elegido por los consiliarios, ocho estudiantes que representaban a las diferentes naciones o grupos dentro del

alumnado, por razón de su origen geográfico. Sería un año de Castilla y otro de León, a no ser que no hubiere ninguno; es un clérigo no casado, mayor de 25 años. Se elige el día de San Martín, al tiempo que, por cooptación, eligen también a los siguientes ocho consiliarios o consejeros del rector. Es esta la autoridad máxima en el estudio, a quien todos juran obedecer. Toma las cuentas, con los consiliarios, señala las lecturas que deben hacer los profesores, soluciona las contiendas o indisciplina que pudiera producirse, da licencias para ausentarse, etc.<sup>11</sup>.

El rector, además, se ocupaba de proveer las cátedras vacantes, cumplía los requisitos y trámites de la oposición y las votaciones. Eran los escolares quienes emitían sus numerosos votos para designar al candidato como catedrático en propiedad o temporal hasta el siglo XVII. El modelo boloñés se guardaba en aquella universidad de fuerte poder estudiantil...

- b) El maestrescuela —también denominado escolástico y canciller— es el delegado del papa. Interviene en los exámenes de grado, como también el rector, para comprobar que se cumplen los requisitos. Colaciona u otorga los grados por autoridad del pontífice, y asimismo posee la jurisdicción exclusiva sobre profesores, alumnos y empleados de la universidad, en todas las causas civiles o criminales que se susciten... La vía disciplinaria corresponde al rector.
- c) Los profesores y doctores —quienes ostentan este grado forman siempre parte de la universidad y se matriculan, aun cuando no enseñen— son el tercer núcleo de poder. Los catedráticos explican, conforme les señala el rector o más tarde las constituciones; intervienen en los exámenes de grado para cerciorarse de los conocimientos y votar su concesión. Como instancia contrapuesta a los escolares, participan en el gobierno de la universidad a través de su claustro o reunión, presididos por el primicerio. Junto a este claustro general, existen los claustros de las facultades, pues hay asuntos que no tienen interés general o deben ser discutidos previamente por los profesores o doctores de una facultad. En las constituciones de Martín V de 1422 aparecería un claustro de diputados que intentaba hermanar las diversas instancias: estaba formado por diez escolares y diez profesores —elegidos por los sa-



lientes—, que junto con el rector y el maestrescuela, constituían el órgano ejecutivo normal de la universidad<sup>12</sup>.

Naturalmente esa estructura organizativa sólo nos revela líneas esenciales de los poderes: cómo se eligen y qué ámbito de decisión poseen. La concreta formación de las decisiones exigiría una mayor profundización<sup>13</sup>. Con una estructura invariable casi, sabemos que, en la edad moderna, determinadas fuerzas van a pesar en las aulas: las órdenes religiosas, con su carácter grupal, fueron importantes ya desde el medievo, ahora van a ser los colegios mayores —los cuatro de Salamanca— quienes, aunque respetan aquel equilibrio, dominan; para ello cuentan con el sentido de grupo o facción e incluso, a medida que pasa el tiempo, con realidades legales como es el turno en las cátedras o su presencia requerida en el claustro de diputados<sup>14</sup>. En el siglo XVII se produce asimismo un cambio profundo en el mecanismo de selección del profesorado salmantino, se termina con las votaciones estudiantiles, para pasar a su designación, tras un examen ante profesores, por el consejo de Castilla —a esta maniobra no son extraños los colegiales, que predominaban en aquel consejo<sup>15</sup>—.

La universidad salmantina evolucionó a lo largo de los años. Las constituciones de Martín V de 1422 se hubieron de adaptar a situaciones y tiempos más modernos por una serie de visitas ordenadas por el rey, que organizaron y coleccionaron los estatutos: desde Covarrubias (1561) a Zúñiga (1594), Caldas (1608) y Gilimón de la Mota (1618). En 1625 se refunden todas las disposiciones en un texto definitivo que orientará la vida salmantina hasta la época liberal<sup>16</sup>. Con todo, el esquema esencial de los poderes universitarios se mantiene, con algunas notables modificaciones: intervención de los colegios y supresión de los votos estudiantiles...

La universidad mexicana que había recibido como su norma fundamental los privilegios y franquezas de Salamanca procedió a formarse dentro de ese estilo. Pero pronto hubo de adaptarse a su propia condición. En 1580 se encarga al oidor y rector Pedro Farfán, colegial de San Bartolomé de Salamanca, que se modificasen. El virrey Martín Enríquez le confió este encargo, ya que no se guardan los estatutos salmantinos y «en los exámenes de licenciados se dan trece o catorce servicios y en estas y en las demás cosas anexas a la cena hay muy grandes excesos y

que es causa de que, entendiendo los que se han de examinar que con esto agradan a los doctores y maestros que los arguyan, trabajan más de dar la cena curiosa que de hacer buena lección y que para que en la dicha universidad se hiciese el fruto que se desea, convenía se reformase en esto y en otras cosas en que convenía poner remedio...<sup>17</sup>. No era exclusivo de México este tipo de exceso, pues las reformas salmantinas también tienen numerosos preceptos al respecto...

Tras reconocer por patrón a San Pablo, que lo fue desde su fundación<sup>18</sup>, hace constar la voluntad del rey de que se guarden los estatutos de Salamanca —los de Covarrubias— de 1561, por lo que,

ante todas cosas mandaba e mando que los dichos estatutos de Salamanca se guarden e cumplan como en ellos se contiene y que los rectores, maestrescuela, diputados, consiliarios, doctores y todas las personas del gremio desta universidad estén obligados a los guardar e cumplir y juren de lo así hacer cuando fueren recibidos al uso de sus oficios, grados y matrículas y para que mejor se puedan saber, tenga el secretario desta universidad los dichos estatutos de Salamanca y el rector los haga leer de ordinario para que estando instructos en ellos los haga guardar y cumplir<sup>19</sup>.

Pero tan obediente declaración servía sólo de entrada a las modificaciones que se introducían y que debían ser ya la práctica de la universidad de México: «porque vista la disposición de la tierra y la fundación de esta universidad hay muchas cosas en los estatutos de Salamanca que aquí no se pueden guardar, y de otras que convienen añadirse, mayormente en las penas puestas a los transgresores de los dichos estatutos, y en otras cosas que resultan de excesos y descuidos que por la dicha visita parece haber habido...»<sup>20</sup>. Pero ni las penas, ni tampoco las cenas, que regula para evitar exceso<sup>21</sup>, tienen la importancia que otras normas referidas a los poderes universitarios. En ellas es posible percibir las diferencias de estructura que tendrá México en relación a Salamanca. Uno a uno se van derogando los estatutos originarios.

El rector se elegiría conforme a las normas de Salamanca, pero sería «la persona que les pareciere más conveniente y que será más útil y provechosa para la dicha universidad y que lo hará con más cuidado, sin

excluir ninguna persona, de las que dispone el estatuto de Salamanca en el título primero, por no haber la abundancia de personas para ser elegidas en el dicho oficio como el rector de la universidad de Salamanca, lo cual se haga por agora, y hasta que otra cosa se provea, y haya abundancia de personas para la dicha elección». La misma tónica regía para los consiliarios, «no se ha de excluir persona sino los que más pareciere convenir y aunque no sean de distintas provincias y obispados hasta que haya más número de personas, y en todo lo demás tocante a la elección de rector y conciliarios se guarden los estatutos de Salamanca»<sup>22</sup>. Pero la razón última no es el mayor o menor número de personas, sino que el rector y oidor Farfán, quebrantaba el poder de los estudiantes, ya que de este modo, no serían rector y consiliarios representantes de los escolares, sino como será usual en México, doctores y, muchas veces, oidores de la audiencia, cosa muy distante del esquema organizativo salmanticense. Al hablar del claustro de diputados vuelve otra vez a señalar ese poco número de personas —y tal vez porque en este punto resultaba inadmisibile ese fundamento, dice que existen «otras justas causas»—. Reduce dicho claustro a rector, maestrescuela y sendas personas por ellos nombradas, con lo que ese órgano de equilibrio entre estudiantes y doctores, queda convertido en un gabinete ejecutivo para las cuestiones de hacienda. Da cuenta de sus gestiones al claustro general, no pudiendo entrar los consiliarios al mismo cuando se hable de estas materias; los consiliarios sólo deben tratar de las cátedras vacantes y su provisión<sup>23</sup>.

¿Qué significaba todo esto? ¿Cuál era la estructura de la universidad? Creo que el lector actual puede descubrir con facilidad las claves de aquellos poderes: los órganos universitarios están dominados por los poderes del virrey y de la audiencia, ya que el rector proviene de estos en muchas ocasiones y la intervención del virrey es decisiva. Es curioso que cuando prohíbe reunir claustros fuera de la escuela, ni en casa del rector ni en otra parte, haga la salvedad de los casos en que «el Excelente Visorrey que es o fuera en esta Nueva España quisiere o mandare que en su presencia se haga algún claustro para algún efecto...»<sup>24</sup>. El rector se ve reforzado, y dado que su nombramiento y el de los consiliarios se hace por el claustro de consiliarios salientes, está claro que podía perpetuarse una oligarquía sobre aquellas aulas, como de hecho se produjo. ¿Qué queda del equilibrio de poderes salmantino? Apenas nada,

aun cuando se puedan observar sus estatutos en numerosos puntos, pero no en la distribución del poder.

Otra cuestión que le preocuparía, dado que Covarrubias había especificado las materias de lecturas en su reforma, es la adaptación para México. Ahora sí es verdad que son menos las cátedras y, por tanto, no se pueden seguir las normas de Salamanca. Algunos pueden seguir las prescripciones de Salamanca<sup>25</sup>, otros deben atenerse a las indicaciones de Farfán, para alcanzar todas las cuestiones que se consideraban precisas en las distintas facultades<sup>26</sup>. Esta parte es muy extensa, pero carece de interés para nuestra empresa de calibrar los poderes en la universidad.

Quizá los puntos más importantes sean los grados y las oposiciones a cátedra, que, aun cuando no se refieren directamente a los poderes universitarios, tienen no obstante algunas conexiones.

En la universidad de México, sin duda, los grados se ajustan a Salamanca, con algún retoque. En especial, sus costes son precisados, de acuerdo con el encargo inicial. Los bachilleres pagarían diez pesos, cuatro a la universidad y el resto en propinas al padrino, secretario y a los dos bedeles —uno a cada—. El licenciamiento era más caro y Farfán mantiene lo que se daba hasta el momento: siete pesos a cada doctor de la facultad, un hacha de cinco libras de cera blanca, cuatro libras de confitura y seis gallinas de esta tierra... Al padrino y al maestrescuela el doble y al secretario cuatro pesos y un hacha de cera negra. La cena consistiría en una sola fruta y un ave, otro plato de cabrito o ternera y una escudilla de manjar blanco, servido por un máximo de seis criados<sup>27</sup>. En los doctoramientos no se admiten comida ni colaciones, sino se conmuta en dinero; es un grado muy caro, al igual que en Salamanca, pues consistía en 50 pesos al maestrescuela y al padrino, 25 a cada doctor de la facultad —se entiende que es la misma cánones y leyes—, cien reales a secretario y bedeles, con otros seis pesos por gastos de material, y otros cien repartidos entre los dos bedeles; como asiste un alguacil se le pagan cinco pesos, y al designado para redactar el vejamen otros 20. Pero no acaba aquí, ya que la conmutación de la comida y colaciones, guantes y bonete, suponen cuatro pesos más por doctor y el doble para maestrescuela y padrino respectivamente, dos pesos al secretario y uno a cada bedel. El rector recibe propinas como si fuese doctor<sup>28</sup>. En la forma de celebrar el grado, con algunos matices, se ciñe a la norma salmantina<sup>29</sup>.

En la provisión de cátedras se aprecia muy bien la distorsión que el

sistema salmantino de votos estudiantiles había sufrido. De nuevo se recurre al argumento de siempre:

Porque en esta universidad hasta agora no ha habido número bastante de estudiantes que puedan votar en las cátedras de su facultad y en las cátedras que se han proveído por votos, han votado no solamente los oyentes de la facultad, pero todos los bachilleres, licenciados y doctores que se han hallado presentes, ordeno y mando que de aquí en adelante habiendo número de estudiantes que conforme al estatuto de Salamanca puedan votar en las cátedras, guardándose en todo los dichos estatutos, los dichos estudiantes y bachilleres voten y puedan proveer y provean las cátedras de su facultad y sea llegando a treinta y no llegando al dicho número, voten los dichos licenciados y doctores...<sup>30</sup>.

El rector debería procurar que fuesen los estudiantes, pero, por si acaso, los licenciados y doctores oirán los ejercicios y si no se alcanza ese número votarían. Pero, además, el oidor Farfán determinó que a los licenciados y doctores o maestros se les haga valer su voto por dos o por tres por razón de su grado, con lo que, es claro que dominarían la universidad<sup>31</sup>. Si tenemos en cuenta que el número de cursantes y bachilleres es reducido, ya que si pone el límite de treinta hay que pensar que no se alcanza, que los doctores son pocos —en el quinientos sólo se graduaron catorce doctores<sup>32</sup>—, quedaba en manos de los clérigos españoles graduados e incorporados y de los licenciados y doctores que formaban la audiencia, que también tenían por costumbre incorporar sus grados a la universidad. Es decir los catedráticos, muchas veces designados sin oposición<sup>33</sup> y la audiencia. ¿Qué semejanza tiene esta universidad con Salamanca, a pesar de regirse por sus estatutos? ¿No queda desde sus inicios marcada por unas circunstancias propias que la señalan como dependencia de las autoridades coloniales?

En 1583 el arzobispo Pedro Moya de Contreras modificó estos estatutos, como visitador de la universidad. Por desgracia no he podido consultarlos<sup>34</sup>, ya que arrojarían más claras luces sobre la etapa inicial de la universidad. No obstante los textos posteriores confirman esa situación de aquel establecimiento, dominado muy directamente por las au-

toridades coloniales. En los siglos XVII y XVIII se fue consolidando el poder de los universitarios —los clérigos que eran sus catedráticos y doctores, sus alumnos...— hasta desembocar en las definitivas constituciones de Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles y hombre extraordinario<sup>35</sup>. Primero se redactaron las constituciones del marqués de Cerralvo en 1625 y, después, las definitivas de Palafox en 1649. Ya no se trata de meras adiciones a las constituciones y estatutos de Salamanca, sino de regulaciones, que aun cuando puedan inspirarse o recoger algunos textos salmantinos configuran con todas sus peculiaridades la universidad mexicana. Veamos cómo y en qué sentido se aparta del modelo de organización de poderes peninsular.

### *México: universidad colonial*

No pretendo con esta denominación quitar un ápice de grandeza a la universidad de la Nueva España, primera de América<sup>36</sup>. Sólo pretendo entender su funcionamiento dentro de unas situaciones distintas de las peninsulares. En Valencia o en Cataluña, los antiguos virreyes o las audiencias no sojuzgan sus respectivas universidades que viven autónomas de sus poderes políticos. ¿Por qué razón fue diferente en el México colonial? Desde luego no por tratarse de una tierra diferente, con unos habitantes naturales distintos, pues aunque estos pueden estudiar o se establezca una cátedra de lengua mexicana<sup>37</sup>, poca relación poseen con el mundo intelectual. ¿Es que faltaba una tradición medieval? ¿Es que eran pocos los estudiantes como quería Farfán, el oidor que dio los primeros estatutos? Sin atreverme a decidir las causas de esta realidad, señalaría dos:

1. La autonomía universitaria se basaba, en la península, en el carácter eclesiástico y pontificio de estos establecimientos. México recibió la correspondiente aprobación de la Santa Sede en 7 de octubre de 1597<sup>38</sup>, pero el pontífice estaba muy lejano, en especial por las grandes facultades que en el terreno eclesiástico recibió la corona de España en las Indias<sup>39</sup>. Era una universidad real y dependiente del monarca, sostenida por fondos de la corona. En consecuencia, los delegados del rey en aquella ciudad gozaron de grandes facultades en los asuntos de la enseñanza universitaria. El virrey y su audiencia gozaron de libertad para domi-

narla. El rey se interesaba por su situación, enviaba sus visitantes, pero eran, en definitiva, el virrey y sus oidores quienes estaban cerca. Sus rectores son con mucha frecuencia magistrados de la audiencia virreinal<sup>40</sup>.

2. Pero idéntica política siguió el monarca en relación a las universidades europeas y no se llega a esa dependencia de sus autoridades. Sus visitantes reforman una y otra vez Salamanca, Alcalá de Henares, etc., pero sus claustros y sus escolares conservan mayor independencia. ¿Cuál era la razón de que en México, sobre todo en los comienzos, no sea igual el equilibrio de sus poderes? ¿La lejanía me parece una razón poco convincente? Más me convence la base financiera que tiene la universidad —que luego examinaré con cuidado—. Si la iglesia no fue capaz de dotarla de rentas propias, como es el caso de Salamanca o de Alcalá, tampoco pudo lograr, hasta años más tarde, el poder sobre la universidad. El rey había quitado poderes jurisdiccionales al maestrescuela y al rector —si comparamos con Salamanca—, por lo que goza de un fuero limitado. En un principio, oidores fueron sus catedráticos de leyes y aun de cánones<sup>41</sup>, dejando las otras facultades de artes y teología para los clérigos y religiosos —medicina tenía menos importancia—. Y también oidores fueron sus rectores y dominaron las aulas: cuando llegaban incorporaban sus grados y a veces se doctoraban<sup>42</sup> desempeñando un papel importante en el nuevo centro. Las constituciones de Salamanca impedían esta situación, por lo que fue necesario reformarlas, según he procurado mostrar.

Esta situación inicial cambiará muy lentamente a medida que el cuerpo universitario, en torno a los clérigos teólogos y los demás doctores se vaya robusteciendo. Porque no hay duda que le plantan cara, una y otra vez, al virrey y su audiencia a medida que avanza el siglo XVII. La universidad de México destaca por el gran número de teólogos que se gradúan en sus aulas<sup>43</sup>, lo que indica el cambio de poder que se está realizando, aparte las particulares circunstancias que exigían o favorecían esa graduación elevada de estos titulados. Poco a poco se va independizando de sus vicios de origen, ya bastante mitigados en las constituciones definitivas. Cabría preguntarse si en este proceso hay también una presencia criolla que marque distancia con los oidores, de fuerte proporción española hasta el XVIII<sup>44</sup>. Pero resolver esta cuestión exige datos que todavía no son conocidos: sobre sus catedráticos y rectores, sus estudiantes incluso.

Centrado en las diversas instancias existentes en los siglos XVI a XVIII, continuaré con mi interés sobre los poderes que dominaban aquella universidad.

### *Virrey y audiencia*

El virrey estuvo presente desde el momento primero y continuó a lo largo del período. Los estatutos o constituciones le designan como patrono o protector del estudio<sup>45</sup>. De su intervención tenemos constantes testimonios en las normas, que expide el rey para remediarla.

En los años anteriores a la visita y reforma de Palafox se produce una ruptura casi definitiva con esa dependencia del virrey y su audiencia. Con ocasión de una cuestión de precedencias —tan frecuentes en el antiguo régimen y que esconden muchas veces reajustes entre autoridades y grupos— el rey Felipe IV dispensó a la universidad de tener que acudir a la recepción y despedida de los virreyes, ya que «siendo esta acción meramente secular y profana no se proporciona a una comunidad compuesta en la mayor parte de clérigos y religiosos, instituida para la profesión de todas las letras y cuyas insignias se disputaron para los grados y para los demás actos que son propios de las escuelas...»<sup>46</sup>. El rey reconocía el carácter clerical de la escuela y le permitía apartarse de la pompa de una recepción oficial. En 1642 todavía expresaba más nítida esa desvinculación deseada, señalaba que «la universidad de México tiene más lucimiento de número de doctores que de estudiantes y que por esta causa se halla en trabajoso estado, y que la ruina total de una comunidad tan útil se origina de los mandamientos que despachan mis virreyes contra los estatutos que están confirmados y contra los breves de su santidad, en que se da la forma en que se ha de observar en los grados que se dan, siendo esta una de las cosas de mayor consideración y digna del remedio que se puede ofrecer en la enseñanza y crianza de los sujetos para ministros eclesiásticos; y que asimismo los dichos virreyes dan provisiones de ruégó y encargo al maestrescuela para que con dos cursos gradúen a los que les parece, proveyendo las sustituciones de las cátedras por el tiempo que les parece, dispensando en todo sin ningún género de reparo»<sup>47</sup>. A partir de este momento, la influencia del virrey empieza a declinar, y las constituciones de Palafox consagran una nueva universidad.



De tres modos intervenía el virrey con su audiencia, en la universidad de México:

a) En cuanto primera autoridad de la colonia existe una lógica subordinación, que, en el ámbito de la jurisdicción se revela por tener reservados ciertos delitos o la alzada de las sentencias del rector<sup>48</sup>. Ahora el monarca excusaba a los universitarios de su presencia en los grandes actos de la entrada y despedida de los virreyes. El aspecto externo de la sumisión no era necesario...

b) En segundo lugar, hay una intervención directa que presiona con sus mandatos sobre la universidad, sobre los grados y las cátedras —que no quiere decir una presión ilegal, sino permitida, pero excesiva si comparamos con otras—. En algunos casos —lo ha dicho el rey— iba más allá de los estatutos, pero me interesa resaltar que esa inmisión del virrey sobre la universidad mexicana era parte de su misma esencia, al menos en los primeros tiempos. La costumbre repetida no puede considerarse como algo ilícito, ya que estaba tolerada por el rey y el consejo de Indias.

El rey le encargó que realizase algunas visitas, como la de Farfán o le encomendó la redacción de las constituciones al marqués de Cerralvo<sup>49</sup>. El virrey marqués de Cadereita intentó redactar otras constituciones en 1637, que, seguramente despertaría los recelos del clero universitario, produciendo la visita del obispo Palafox y su reforma<sup>50</sup>. Sin duda, era más arbitrario en sus decisiones y se inmiscuía en grados u oposiciones<sup>51</sup>.

c) Pero hay que destacar, sobre todo, que los oidores, alcaldes del crimen y fiscales de la audiencia participaron en la universidad, en persona, durante largo tiempo. Todavía en las constituciones de Palafox se admitía que puedan ser rectores, lo que derogó el rey en la cédula de aprobación, así como catedráticos<sup>52</sup>. De hecho lo fueron, porque el rey tuvo una actitud vacilante en este punto: estos magistrados con títulos de las universidades del reino peninsular se incorporaban a la universidad, formando parte de la misma. La prohibición de ser rectores alternaba con el permiso<sup>53</sup>. Puede afirmarse que con algún titubeo quedó zanjado, incluso se les prohibió incorporarse al claustro<sup>54</sup>. Una etapa nueva empezaba desde mediados del XVII, incluso en 1656 se prohibió que fuera casado el rector, con que resalta más el carácter clerical de aquella institución. Los teólogos habían ganado...<sup>55</sup>.

Sin embargo, no debe creerse que se ha pasado a un mundo enteramente nuevo. A principios del XVIII hay una intervención del virrey para conceder el cargo de maestrescuela interinamente a un inquisidor —que como los oidores estaba incapacitado para ser rector<sup>56</sup>—. Incluso alguna otra más tardía, pero ya estas no pueden ser calificadas de esenciales al modelo universitario: simplemente su gran autoridad estaba presente en las cuestiones que gustaba, pero la audiencia y su virrey habían quedado bien separados de la universidad<sup>57</sup>.

### *El rector y el maestrescuela*

Al igual que en los viejos estatutos, voy a ocuparme de las diversas autoridades —no estoy escribiendo la historia académica o científica de la universidad de México, sino, tan sólo la realidad de sus órganos de gobierno—. El rector es la primera, si tenemos en cuenta que la jurisdicción está en sus manos.

El rector de Salamanca era un estudiante de la misma, con residencia al menos de un año, y no podría ser canónigo, ni religioso, ni catedrático ni colegial, ni pretendiente a cátedra. Era elegido por San Martín, por los consiliarios salientes, que en la misma fecha designaban los nuevos representantes de las naciones o partidos académicos<sup>58</sup>. A inicios del siglo XVIII su cargo está devaluado, sólo supone grandes gastos, y durante la centuria suele ser ocupado por licenciados y doctores<sup>59</sup>. En México —sin la tradición medieval— fue desde los comienzos función desempeñada por grandes personajes, por oidores o por clérigos de renombre; sólo por excepción lo fue un estudiante, según la costumbre y regla de Salamanca<sup>60</sup>. En las constituciones de Palafox se ordena que sea doctor graduado o incorporado, que puedan serlo los oidores, alcaldes de corte, inquisidores y fiscales, en tanto no ordene el rey otra cosa —lo prohibió inmediatamente—, los canónigos y dignidades de la catedral; no pueden serlo los religiosos, ni los catedráticos, ni tampoco los doctores en medicina ni los maestros en artes; deberá tener más de treinta años... Debería ser un año doctor eclesiástico, el otro seglar, sin poder ser reelegido hasta pasados dos años, o uno si había sido vicerrector, para que no se eternicen en su puesto<sup>61</sup>. Aunque podían los seglares ser casados, con tal que no sean médicos, según las constituciones de Palafox, una real cédula de 1656 lo prohibió, «porque no es decente ni con-

veniente que sea cabeza de una comunidad que tanto tiene de eclesiástico, una persona casada»<sup>62</sup>.

El rector se nombra por el claustro de consiliarios, que con el saliente se reúne varios días y hace la designación el diez de noviembre, tras una misa de Espíritu Santo; bastaba que obtuviera cinco votos. A continuación se nombran los consiliarios nuevos por sorteo entre quienes tienen derecho a serlo, que no son los estudiantes, como en Salamanca, sino cuatro doctores, uno por facultad, un maestro en artes, un religioso de las órdenes de Santo Domingo, San Agustín y la Merced, por turno, tres bachilleres mayores de 20 años<sup>63</sup>. Nombrado el rector se presenta al secretario para hacer el solemne juramento y también acuden todos a notificárselo al virrey; y al día siguiente, 11 de noviembre, San Martín, todos los estudiantes prestan juramento de obediencia y tres días más tarde lo hacen los catedráticos en claustro, los doctores y consiliarios; al mismo tiempo se nombran los diputados y los oficios universitarios<sup>64</sup>. Caso de que no se pusieren de acuerdo rector y consiliarios para el nombramiento, el rector es nombrado por el virrey, previa consulta con los catedráticos de propiedad de teología, cánones y leyes; después se sortean los consiliarios por el nuevo rector<sup>65</sup>.

Es la cabeza de la universidad. «Ordenamos —decía la constitución 17— que el rector que fuere electo tenga en esta universidad el lugar y asiento más principal y preminente, como cabeza de ella, y se le dé por los doctores y maestros toda la autoridad que le toca, para que con ella y con el honor y respeto que le tuvieren tomen exemplo los estudiantes para le obedecer y respetar como deben...», salvo en los casos en que corresponda la preminencia al maestrescuela, en materia de grados. Sus funciones se establecen con buen orden en las constituciones, aparte las innumerables menciones que se hacen a lo largo de las mismas. Son las siguientes:

— Pone edictos para que los estudiantes que no se hubiesen matriculado hasta San Lucas —18 de octubre— puedan hacerlo hasta 40 días después de su elección; debe ocuparse de los exámenes de entrada de facultad mayor, así como los de bachiller y, en general, asiste a todos los actos, fiestas y entierros, en buena armonía con el maestrescuela<sup>66</sup>.

— Señala la materia a explicar a los catedráticos en cuanto

no está determinada por las constituciones; visita cada dos meses a los catedráticos en sus aulas, y dos veces al año el archivo de la universidad<sup>67</sup>.

— Dentro de los quince días de su nombramiento tomará las cuentas a su antecesor y al tesorero síndico; dispone para cantidades hasta cincuenta pesos, y debe consultar para cantidades mayores al claustro de diputados. En general convoca y celebra, salvo impedimento, los claustros ordenados por las constituciones, ordinarios y extraordinarios, así como el claustro de diputados y de consiliarios; con éste último dirige las oposiciones, desde el primer edicto hasta la votación final, sin que pueda ser opositor<sup>68</sup>.

— En sus líneas esenciales son las facultades del rector salmantino, del que se diferencia por tener la jurisdicción. Al inicio no la concedió el rey, pero sí después, en 1597, a imitación de su introducción en Lima por el virrey Toledo. Le había concedido este gran virrey al rector limense la jurisdicción criminal sobre todos los delitos que cometieran los doctores, maestros, estudiantes y otros oficiales, salvo en los que «haya de haber efusión de sangre o mutilación de miembro o pena corporal aflictiva», dentro de la escuela, o fuera, sobre cosa que toque la escuela. En los exceptuados conocería la justicia ordinaria, así como también se reservaba a la audiencia las apelaciones de las sentencias del rector...<sup>69</sup>. Es bastante amplia, pero menor que la salmantina, ya que no comprendía jurisdicción civil, como tenía el maestrescuela en ésta.

Quedaba, por lo tanto, disminuida esta autoridad, nombrada por el rey en un canónigo de la catedral de México, doctor por esta universidad o incorporado de otra. Si no lo fuere, se le recibe como doctor y licenciado, sin actos ni pompa, pero con pago de derechos. Le corresponde «recibir a los que se presentaren para graduarse de licenciados, doctores y maestros en cualquier facultad, ante el secretario de la universidad, y asimismo hacer las demás diligencias que por estas constituciones son necesarias para obtener los dichos grados, ver y examinar los títulos y testimonios de los que pretendieren, siendo graduados por otras universidades, incorporarse a ella» —dice la constitución 47—. En con-

secuencia de estas facultades que responden a su origen de delegado del pontífice, preside los actos relacionados con exámenes y grados, mientras en los demás es el rector la cabeza. No puede el maestrescuela o cancelario opositar a cátedra durante su cargo, que no tiene límite de tiempo, pero si es catedrático puede continuar en la enseñanza<sup>70</sup>.

Caso de morir, el claustro de doctores nombra una terna de clérigos y doctores, por voto secreto, y se proponen al virrey para que designe un vicescancelario. En 1704 el duque de Albulquerque, virrey de la Nueva España, presionó hasta conseguir 25 de los votos del claustro en favor de un inquisidor; solicitó del rey que le nombrase maestrescuela, pero la respuesta fue contraria, indicando que los inquisidores no podían ser vicescancelarios siquiera<sup>71</sup>.

En conjunto, la figura del maestrescuela aparece oscurecida frente al rector mexicano. Al no tener la jurisdicción quedaba reducido a sus funciones de presidir y conferir los grados mayores en el estudio... Como se percibe, indudablemente las autoridades académicas distan de las salmantinas, por la mayor fuerza que tuvo el rey sobre las aulas en Indias. Todavía es más evidente en otras instancias de poder universitario.

### *Estudiantes y doctores*

El rector no era un estudiante, salvo alguna excepción; ni tampoco los consiliarios... Sus votos para conferir las cátedras estaban limitados un tanto con la reforma de Farfán, si bien se mantuvo el sistema en la reforma Moya de Contreras. Pero en 1626, a pesar de que en el texto se conservaba este modo de proveer las cátedras, al ir a aprobar la reforma Cerralvo, un oidor se opuso y la comisión acordó que fuese el claustro quien las calificase<sup>72</sup>. En cambio, a pesar de que en 1641 cesa este sistema en las universidades mayores castellanas, la reforma de Palafox lo conservó en México, sin duda porque no existe interés por parte de los colegiales mayores que apenas visitan aquellas tierras<sup>73</sup>.

Las constituciones regulan con detalle todo el proceso de la provisión de cátedras, y, una vez terminada la última lección de la oposición, el rector convoca por auto que fija a la puerta de la universidad para que, cuantos tienen voto en la cátedra acudan a ejercerlo. ¿Quiénes son votos —o en términos actuales quiénes tienen derecho a votar? Lo tienen quienes han aprobado cursos en esta universidad o son bachilleres

en la respectiva materia: los teólogos en su facultad, en leyes y cánones quienes tengan un curso en una de ellas o tres en la otra —o sean bachilleres—. En otras facultades es más complejo, ya que en medicina votan quienes tienen un curso y los bachilleres en medicina y en teología, regla que también se sigue en artes. En las cátedras especiales, como la retórica votan todos los bachilleres, en astrología también, salvo los de derecho, mientras en lengua mexicana y otomí se sigue una norma radicalmente diferente, pues se confiere por el claustro de doctores y maestros<sup>74</sup>. En esta determinación se percibe con nitidez el gran peso que tiene la teología en la universidad. México fue una universidad de teólogos, incluso el número de sus graduados en esta facultad es muy superior al de otras<sup>75</sup>. Puede explicarse porque son numerosos los clérigos que vienen de la península y aprovechan para graduarse o por las ventajas que veían criollos o forasteros en la obtención de un título.

No pueden votar los doctores, los maestros ni los licenciados, ni siquiera estar presentes en las votaciones o ser procuradores o representantes de los opositores<sup>76</sup>. Ni tampoco los estudiantes menores de 14 años o que no estuviesen presentes en la universidad o que por su conducta favorable a algún candidato deban inhabilitarse. Por ejemplo si durante la vacante o hallándose próxima, dan alguna comida, almuerzo, colación o cena, el que publicare que va a votar a determinado o gritase Fulano Víctor, o hacen ruido para estorbar a otro... Se han cometido cohechos y excesos, reuniéndose en cuadrilla para confabularse, por lo que debe castigarse a los cuadrilleros. Los estudiantes jurarían no haber incurrido en estas conductas y votarían personalmente. Incluso que han vestido hábito decente desde un mes antes de producirse la vacante<sup>76</sup>. El procedimiento de votación se determina con todo detalle en las constituciones del obispo y virrey Palafox<sup>77</sup>.

Poco habría de durar el sistema de voto estudiantil. El virrey duque de Alburquerque lo suspendió y concedió las cátedras a su antojo, que eran después confirmadas por el consejo de Indias. ¿Debilidad de aquella universidad? Téngase en cuenta que por estas fechas también en Salamanca se había cambiado el sistema. Se hizo consulta al rector y claustro de la mexicana, quienes se mostraron asimismo contrarios al sistema de votación estudiantil, por lo que se suprimió. Los prelados mexicanos se mostraron contrarios también, por lo que se llegó en 1676 a la creación de una real junta —con fuerte posición del arzobispo— que

conferiría las cátedras —salvo alguna— tras ser celebrada la oposición correspondiente,

... para quitar las negociaciones y sobornos que por lo pasado se dice que ha habido en la provisión de dichas cátedras... habeis de votar para su provisión vos o los arzobispos de esa iglesia que por tiempos os sucedieren, el oidor más antiguo que fuere de mi audiencia real de esa ciudad, el inquisidor más antiguo, el rector de la universidad, el maestrescuela, el deán de esa santa iglesia, el catedrático de prima de la facultad que fuere la cátedra que se proveyere, el doctor más antiguo de dicha facultad...<sup>78</sup>.

La universidad que se había independizado del virrey y de la audiencia, quedará, en buena parte, sujeta a la autoridad episcopal. Los estudiantes nunca o sólo en contadas ocasiones tuvieron algún peso sobre la universidad mexicana, a diferencia de la tradición salmantina.

¿Fue acaso una universidad de doctores, del núcleo discente? Creo que tampoco. En México funcionaban tres tipos de claustro, de origen salmantino: de consiliarios, de doctores y de diputados. El primero ya he visto que había sido desvirtuado, pues, en vez de estudiantes, estaba dominado por doctores —cuando se crea la real junta para provisión de cátedras, su función principal, queda muy oscurecido<sup>79</sup>. También el último —el claustro de diputados que se encarga de la hacienda— no es un organismo de equilibrio entre profesores y escolares, sino que está formado por los catedráticos de la mexicana; en Salamanca también lo dominaron pronto<sup>80</sup>. Los claustros de doctores se reúnen ordinariamente cada dos meses —seis al año que se intercalan con otros tantos de diputados. Se celebran, el último sábado de cada bienio, en una sala, junto al archivo y el arca del dinero. Tienen obligación de asistir, todos los doctores graduados y los maestros en artes mayores de 20 años, los profesores no doctores, con la presencia del rector y del maestrescuela. Se sientan por la antigüedad de sus grados —los oidores, alcaldes y fiscales de la audiencia, como los inquisidores, tuvieron asiento preferente, hasta ser excluidos de la universidad<sup>81</sup>. Siendo diez, ya pueden tratar las cuestiones que se presentan, acordando por mayoría, en los problemas de justicia, por unanimidad en los de gracia<sup>82</sup>. A veces se celebran claustros plenos cuando la materia es grave o se produce discordia —enton-

ces se requiere un *quorum* mayor y entran los bachilleres consiliarios mayores de 25 años<sup>83</sup>.

Sin duda, los claustros se vieron mediatizados por las autoridades a lo largo de su historia. Todavía hay prescripciones en las constituciones de Palafox que les aseguran a los oidores e inquisidores incorporados a la universidad asiento preferente o se les permite ser rector<sup>84</sup>. Hemos visto el poder que usaron los virreyes sobre la universidad —todavía en 1740 el monarca vedaba al corregidor de la ciudad que pretendía lograr asiento entre los doctores<sup>85</sup>—. Todo ello nos confirma que las diversas instancias o poderes de la universidad estuvieron presionados por las autoridades virreinales. Y las razones he procurado descubrirlas unas páginas antes: me gustaría añadir que los miembros de la universidad, sus doctores, tampoco estuvieron acordes a lo largo del período, lo que facilitaba la intervención externa.

En primer lugar —como en todas las universidades— existían tensiones entre las diversas facultades, aun cuando se resolvieron siempre a través del dominio de teólogos y juristas sobre los demás<sup>86</sup>. Después jugaba también su papel la oposición entre clérigos y seglares, a que no es ajena la disposición que prohíbe ser rector a quien fuera casado<sup>87</sup>. O entre profesores y escolares, entre catedráticos de propiedad y temporales. Si bien estas pugnas son las usuales de cualquier universidad y se remedian a través de una tradición consolidada y unas constituciones fijas —en México hubo marcadas variaciones en unas y otras épocas—. Por esta causa, la mayor de las tensiones universitarias, entre clero secular y religiosos parece tener más fuerza que en otras. Ya Farfán quiso equilibrar en algún punto, pero permitió a los religiosos ser rectores<sup>88</sup>. Palafox, adoptó la tradición salmantina, excluyéndoles de este cargo; estableció algunas prevenciones para evitar su fuerza de unión, aunque les aseguró algunas posiciones. Se les dejó sus cátedras particulares —como la de Santo Tomás para los dominicos o la de Duns Escoto para franciscanos<sup>89</sup>—, mientras los agustinos y mercedarios dominaban las cátedras de la facultad de teología. En los años veinte del siglo XVII se quejaba la universidad de este dominio, debido a que eran numerosos los religiosos que estudiaban —unos 30— que junto con sus bachilleres alcanzaban 54 votos, frente a los 40 que tiene el clero regular; se pretende que se reduzca su voto a diez de cada clase. Había un ambiente contrario al sistema de votación estudiantil, porque se decía que existía



mucha simonía en la provisión de cátedras —simonía porque se consideraba un puesto eclesiástico—. El rey Felipe III, poco antes de suprimir este sistema, encargaba al virrey que vigilase y sancionase, en su caso, a los culpables de «monopolios, concursos o ligas que hicieren entre los opositores, a fin de acomodarse los unos a los otros, y en particular, tendreis cuidado —recomendaba el monarca— en procurar que el arzobispo ni ningún eclesiástico ni ministro de esa ciudad, ni otras personas poderosas, se apasionen ni soliciten votos ni hagan ruegos para que se vote por ninguno...»<sup>90</sup>. Jesuitas y dominicos, por otra parte, concedían grados en sus colegios o estudios, si bien se llegó a la norma transaccional de que tan sólo podrían hacerlo a distancia de 200 millas de las universidades de México y Lima<sup>91</sup>.

Por último, la potencia de los colegios mayores de México no puede compararse con los peninsulares de Alcalá, Valladolid o Salamanca. El colegio mayor de Todos Santos intentó infiltrarse —al estilo de los salmantinos— en la universidad. A inicios del XVIII lograba estar presente en la real junta de provisión de las cátedras o tener un consiliario en el claustro; la universidad reaccionaría con un largo pleito, en que salió vencedora<sup>92</sup>. El colegio real de San Ildefonso, más antiguo, lograría tener su propia cátedra de teología en la universidad<sup>93</sup>, pero sin lograr mayor fuerza...

En fin, las luchas propias de la vida universitaria antigua pero, por encima de ellas, durante todo el período colonial, la presencia del virrey y de su audiencia. Es verdad que a partir de las constituciones del obispo Palafox cedió un tanto la presión, pero continuaba la intervención del virrey. Le vemos enviar a un oidor para que presida y modere la elección de rector y consiliarios o con fricciones en torno a la celebración de las corridas de toros en la plaza del Volador, contigua a la universidad<sup>94</sup>. En los años de Carlos III la política regalista del monarca deja percibir de nuevo actitudes favorables a las autoridades reales, sin llegar, desde luego, a subordinarles las aulas, como en los primeros cien años<sup>95</sup>. Después vino la independencia y terminó aquella universidad.



En conjunto puede afirmarse que el trasplante de Salamanca a México sufrió hondas adaptaciones. Los poderes universitarios o los exter-

nos a los claustros y escolares, fueron distintos —por más que rijan los estatutos de Salamanca o se concedan sus privilegios—. He intentado establecerlos y diagnosticar las razones de sus diferencias, mediante el análisis de sus normas. Un aspecto de las realidades universitarias que proporciona un marco general en el que se desenvuelve la vida de las aulas. El estudio de su funcionamiento vivo ha de completar estos trazos para que las leyes académicas puedan ser entendidas y ampliadas a esa convivencia de profesores y alumnos que ha sido siempre una universidad. Espero poder seguir en el futuro; hoy me había propuesto tan sólo alcanzar esta cota en mi análisis de los poderes de la universidad de México durante la edad moderna<sup>96</sup>.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Real cédula de 21 de septiembre de 1551, edición de J. T. Lanning (1946), *Reales cédulas de la real y pontificia universidad de México, de 1551 a 1816*, México, pp. 293-294.

<sup>2</sup> La misma cédula citada. No obstante se ampliará la jurisdicción en 1597, véase mi nota 48.

<sup>3</sup> M. Peset (1982), «Interrelaciones entre las universidades españolas y portuguesa en los primeros siglos de su historia», *Estudos em homenagem aos profs. doutores M. Paulo Merêa e G. Braga da Cruz*, I, que es el vol. 58 del *Boletim da faculdade de direito* de la universidad de Coimbra, pp. 875-940.

<sup>4</sup> M. y J. L. Peset (1975), *Gregorio Mayans y la reforma universitaria. Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España*, Valencia, pp. 58-74. Sobre esta universidad, M. Rubio y Borrás, *Historia de la real y pontificia universidad de Cervera*, 2 vols. Barcelona, 1915-1916.

<sup>5</sup> La bibliografía acerca de la universidad de México, sin ánimo de exhaustividad, es la siguiente: F. de Osore, *Historia de todos los colegios de la ciudad de México, desde la conquista hasta 1780*, México, 1929; F. de la Maza, *Las tesis impresas de la antigua universidad de México*. Estudio y selección, México, 1944; V. T. Mendoza, *Vida y costumbres de la universidad de México*, México, 1951; C. Díaz y de Ovando, *El colegio máximo de San Pedro y San Pablo*, México, 1951; S. Méndez Arco, *La real y pontificia universidad de México. Antecedentes, tramitación y despacho de las reales cédulas de erección*, México, 1952. J. Jiménez Rueda, *Historia jurídica de la Universidad de México*, México, 1953. A. M.<sup>a</sup> Carreño, *La real y pontificia universidad de México*, México, 1961 y *Efemérides de la real y pontificia universidad de México, según sus libros de claustros*, 2 vols., México, 1963.

<sup>6</sup> Además de la colección de sus constituciones citadas en nota 1, J. Jiménez Rueda (1951), *Las constituciones de la antigua universidad de México*, México, donde se reproducen las de Farfán; *Las constituciones de la universidad ordenadas por el marqués de*

Cerralvo e inventario de la real y pontificia universidad de la Nueva España, 1626 y 1758, México, 1951; *Constituciones de la real y pontificia universidad de México*. 2.<sup>a</sup> edición, México, 1775 —la primera es de 1688—.

<sup>7</sup> Estamos todavía muy razagados en este tipo de estudios. Un planteamiento de la cuestión en M. Peset, «Universidades e historia de las ciencias», *Anuario de historia de la ciencia*, Instituto de investigaciones históricas, México, núm. 1, en prensa.

<sup>8</sup> Los estudios de L. Stone para Inglaterra han sido realizados para España por R. L. Kagan (1974), *Students and Society in Early Modern Spain*, Baltimore, traducido al español, 1981. También M. Peset, J. L. Peset, M. F. Mancebo, «La población universitaria de Valencia durante el siglo XVIII», *Estudis d'història contemporània del país valencià*, (1979) 7-42; M. Peset, «Estudiantes de la universidad de Valencia en el siglo XVIII», *Actes du I<sup>er</sup> colloque sur le Pays valencien à l'époque moderne*, Pau, 1980, pp. 187-207; M. Peset, M.<sup>a</sup> F. Mancebo, «La población universitaria de España en el siglo XVIII», *El científico español ante su historia. La ciencia en España entre 1750-1850*, Madrid, 1980, páginas 301-318.

<sup>9</sup> Sobre las rentas universitarias, M. y J. L. Peset (1974), *La universidad española (siglos XVIII-XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, 1984, pp. 332-369; sobre Valencia, M. Baldó Lacomba (1984), *Estudiantes y sociedad durante la época romántica*, Valencia. México dispone de un buen estudio, K. Attolini (1951), *Las finanzas de la universidad de México a través del tiempo*, México.

<sup>10</sup> Acerca de la universidad de Salamanca remito a sus fuentes, recogidas por V. Beltrán de Heredia (1966-1967), *Bulario de la universidad de Salamanca (1219-1549)*, 3 vols. Salamanca y (1970-1973) *Cartulario de la universidad de Salamanca (1218-1600)*, 6 vols. Salamanca; F. Marcos Rodríguez (1964), *Extractos de los libros de claustros de la universidad de Salamanca. Siglo XV*, Salamanca. Una síntesis en mi artículo citado en nota 3. Todavía es esencial E. Esperabé de Arteaga (1914-1917), *Historia pragmática e interna de la universidad de Salamanca*, 2 vols. Salamanca.

<sup>11</sup> M. Peset (1982), pp. 884-886.

<sup>12</sup> M. Peset (1982), pp. 886-891, donde pueden hallarse las oportunas referencias a las fuentes.

<sup>13</sup> Posible de establecer a partir de los claustros, en que se muestran los diversos pareceres de grupos e individuos; se trataría de reconstruir las fuerzas en liza en una determinada universidad.

<sup>14</sup> L. Sala Balust (1958), *Visitas y reforma de los colegios mayores de Salamanca en el reinado de Carlos III*, Valladolid y (1956), *Reales reformas de los antiguos colegios de Salamanca anteriores a las del reinado de Carlos III*, Valladolid.

<sup>15</sup> Véase J. Fayard (1979), *Les membres du conseil de Castille à l'époque moderne (1621-1746)*, Genève, traducción en 1982.

<sup>16</sup> *Constituciones apostólicas y estatutos de la muy insigne universidad de Salamanca. Recopilados nuevamente por su comisión*. En Salamanca. Impreso en casa Diego Cusio. Año MDCXXV.

<sup>17</sup> Estatutos de Farfán, real orden de 22 de abril de 1577 al virrey, que se recoge al principio, en J. Jiménez Rueda (1951), p. 73.

<sup>18</sup> Estatutos de Farfán, en J. Jiménez Rueda (1951), p. 74, a partir de ahora citaré por

los títulos y estatutos tan solo. También nombra al rey como fundador y «al virrey e Audiencia Real desta Nueva España» como protector. También en las *Constituciones de Palafox*, I y II, si bien son patronos los reyes de España y, en su nombre, los virreyes.

<sup>19</sup> Estatutos de Farfán, I, único.

<sup>20</sup> Estatutos de Farfán, I, único.

<sup>21</sup> Véase el capítulo XXXII de los estatutos de Covarrubias para Salamanca, E. Esparabé de Arteaga (1914-1917), I, pp. 283 y siguientes.

<sup>22</sup> Estatutos de Farfán, II, 1 y 3. También I, 2, la no reelegibilidad en tres años.

<sup>23</sup> Estatutos de Farfán, II, 5 y III, 1-6.

<sup>24</sup> Estatutos de Farfán, III, 1.

<sup>25</sup> Son los menos, decreto V, 7; cátedras de artes VIII, 1, Gramática y Retórica IX, 1.

<sup>26</sup> Véanse los títulos V a VIII de Farfán.

<sup>27</sup> Estatutos de Farfán, XIII, 3 y XV, 16-19.

<sup>28</sup> Estatutos de Farfán, XV, 23 y 24.

<sup>29</sup> Puede verse en los títulos XIII y XV.

<sup>30</sup> Estatuto de Farfán, XVI, 1.

<sup>31</sup> Dice que se ponga su calidad, «de suerte que el que fuera maestro o doctor tenga tres calidades de doctor o maestro, y de licenciado y bachiller, y el que fuera solamente licenciado tenga dos calidades, una de licenciado y otra de bachiller, y si aconteciera ser doctor o maestro en dos facultades, se le pongan de todos sus calidades conforme a lo susodicho...», XVI, 2.

<sup>32</sup> G. S. Fernández de Recas (1960), *Real y pontificia universidad de México. Medicina, nómina de bachilleres, licenciados y doctores (1607-1780)* y *Guía de méritos y servicios (1763-1828)*, México; y del mismo (1963), *Grados de licenciados, maestros y doctores en artes, leyes, teología y todas facultades de la real y pontificia universidad de México (1566-1850)*, México. Véase mi nota 75.

<sup>33</sup> Estatutos de Farfán, XVI, 3, que no se han guardado los estatutos de Salamanca y se han dado sin oposición.

<sup>34</sup> Se encuentran perdidos, según opinión de los estudiosos de la real y pontificia universidad mexicana. Sería de gran interés encontrarlos, ya que se pusieron en vigor hacia los años noventa y duraron hasta 1626.

<sup>35</sup> Se citan las constituciones en nota 6. No he querido ampliar este estudio con las constituciones del marqués de Cerralvo, para no complicarlo innecesariamente.

<sup>36</sup> Prescindo de las cuestiones de prioridad cronológica, en que le anteceden la universidad de Santo Domingo y Lima, pero fueron universidades-convento, si bien San Marcos evoluciona después, y ya en sus primeras constituciones de 1571 presenta una estructura de tipo salmantino, véase L. A. Eguiguren, *Historia de la universidad. I. La universidad en el siglo XVI. Volumen II. Las constituciones de la universidad y otros documentos*. Lima, 1951, pp. 5-29.

<sup>37</sup> La cátedra de lengua indígena se crea en Lima el 19 de septiembre de 1580 y se extiende a México, C. M.<sup>a</sup> Ajo, *Historia*, III, pp. 465-467.

<sup>38</sup> Acerca de los problemas de la bulas de erección, confuso, A. M.<sup>a</sup> Carreño (1961), pp. 105-115.

<sup>39</sup> Véase P. de Leturia (1959-1960), *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*,

3 vols. Roma-Caracas; también A. de la Hera (1963), *El regalismo borbónico en su proyección indiana*, Pamplona.

<sup>40</sup> Puede verse en C. Bernardo de la Plaza Jaén (1931), *Crónica de la real y pontificia universidad de México*, 2 vols. México, 1931, crónica escrita a fines del siglo XVII o en los extractos de claustros de A. M.<sup>a</sup> Carreño (1963), *Efemérides de la real y pontificia universidad de México, según sus libros de claustros*, 2 vols. México.

<sup>41</sup> Basta acudir a las dos obras citadas en la nota anterior para verificar esta afirmación.

<sup>42</sup> La lista de rectores, que se puede escribir a partir de A. M.<sup>a</sup> Carreño (1963), I, permite ver que la excepción es que no sea oidor, apenas hay algún estudiante. A partir del XVII cambia la situación, desaparecen los juristas de la audiencia como rectores.

<sup>43</sup> Véanse las referencias de las notas 32 y 75.

<sup>44</sup> Acerca de los oidores, remito a los estudios de M. A. Burkholder, D. S. Chandler, que cito en mi nota 73. Para la audiencia de Lima, más extensamente, G. Lohmann Villena (1974), *Los ministros de la audiencia de Lima en el reinado de los Borbones (1700-1821). Esquema de un estudio sobre un núcleo dirigente*, Sevilla.

<sup>45</sup> Constituciones de Palafox, 1 y 2, junto con algunos santos: San Pablo y Santa Catalina, a los que se añadió en el XVIII San Juan Nepomuceno y San Luis Gonzaga, A. M.<sup>a</sup> Carreño (1963), II, pp. 519 y 524.

<sup>46</sup> Real orden de 21 de febrero de 1638, J. T. Lanning (1946), pp. 49-50, las cuestiones de precedencia eran muy importantes en la época, pp. 36-37, 42, 44 y 50.

<sup>47</sup> Real orden de 12 de junio de 1642, J. T. Lanning (1946), pp. 63-64.

<sup>48</sup> Real orden de 24 de mayo de 1597 que recoge la limeña de 19 de abril de 1589, J. T. Lanning (1964), pp. 299-303; en donde se aprecia la intervención de la real audiencia en las apelaciones y en los delitos que llevan aparejada mutilación de miembro, efusión de sangre o pena corporal afflictiva.

<sup>49</sup> Constituciones Cerralvo, pp. 7-9, 11-15, 17-19; sobre las primeras de Farfán, J. Jiménez Rueda (1951). En general, A. M.<sup>a</sup> Carreño (1961), pp. 183-203.

<sup>50</sup> A. M.<sup>a</sup> Carreño (1961), pp. 205-221.

<sup>51</sup> Sobre las actuaciones del virrey Cadereita, A. M.<sup>a</sup> Carreño (1961), pp. 170-182.

<sup>52</sup> Constituciones de Palafox, VIII, «... mientras su majestad el rey nuestro señor, o su real concejo de Indias no ordenare o dispusiere otra cosa.» La constitución CLII, en cambio, quita a virrey y otras autoridades la presidencia de actos de conclusiones y la XXV la facultad de dispensar cursos, de acuerdo con la real orden de 12 de junio de 1642, que se reitera en 1695, J. T. Lanning (1946), pp. 63-64, 92-93. Al final de las constituciones, en la aprobación se cambia la constitución VIII, con referencia a la real cédula de 21 de junio de 1624, en realidad de 28, según J. T. Lanning (1946), pp. 42-43.

<sup>53</sup> La real cédula de 1624 aludía a anterior en que se prohibió; se prohibió de nuevo en 8 de febrero de 1646 y, tras la permisión que suponen las constituciones de Palafox, se les impidió, incluso la incorporación al claustro, J. T. Lanning (1946), pp. 55 y 58-59.

<sup>54</sup> Me refiero a la real orden de 21 de septiembre de 1655, J. T. Lanning (1946), pp. 58-59.

<sup>55</sup> Se prohíbe que el rector de México sea oidor o fiscal de la audiencia o inquisidor o fiscal del tribunal de la Santa Inquisición, ni tampoco persona casada, J. T. Lanning (1946), pp. 59-60.

<sup>56</sup> Real orden de 23 de junio de 1704, J. T. Lanning (1946), pp. 122-123.

<sup>57</sup> La universidad de México pasa a ser una institución más eclesiástica. Véase A. M.<sup>a</sup> Carreño (1961), pp. 165-182.

<sup>58</sup> Constituciones Salamanca 1625, const. I y II, así como los títulos II y III de los estatutos, pp. 9-139 y 139-140.

<sup>59</sup> Por ser sólo un gasto, sin gran ventaja, declina Mayans serlo a inicios del XVIII, M. y J. L. Peset (1975), *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*, pp. 11 y 35. Sobre los rectores, J. L. y M. Peset (1983), *Carlos IV y la universidad de Salamanca*, Madrid.

<sup>60</sup> Sobre los diversos rectores puede verse C. B. de la Plaza y Jaén (1931) y A. M.<sup>a</sup> Carreño (1963). En las constituciones del marqués de Cerralvo, I, 1-2, p. 21, ha de ser un doctor no catedrático, o doctores, oidores, alcaldes y oficiales de la real audiencia.

<sup>61</sup> Constituciones de Palafox, const. VIII a XI.

<sup>62</sup> De 31 de julio de 1656, J. T. Lanning (1946), pp. 59-60.

<sup>63</sup> Constituciones de Palafox, III, IV y VI.

<sup>64</sup> Constituciones de Palafox, XII a XVI, también V.

<sup>65</sup> Constituciones de Palafox, VII.

<sup>66</sup> Constituciones de Palafox, XX, XXI, XXV a XXVIII.

<sup>67</sup> Constituciones de Palafox, XXXIV, XXIX, XXXI y XXXII.

<sup>68</sup> Constituciones de Palafox, XXII, XXXIII; XXIII y XXIV; XXX, XXXVI y XXXVII.

<sup>69</sup> Constituciones XVII y XIX. Véase mi nota 48, sobre la real cédula de 1597, que se reproduce también junto a éstas.

<sup>70</sup> Constituciones de Palafox, XLVI a LI, tampoco el rector puede opositar, Const. XXXVII. Sobre el vicescancelario, que nombra con el claustro, en caso de estar enfermo o ausente, LVIII y LVIX.

<sup>71</sup> Constituciones de Palafox, LVII. La disposición de 1704 citada en mi nota 56; años antes, real orden de 12 de septiembre de 1625, el virrey marqués de Gelves nombró un cancelario interino por su ausencia y otro la audiencia, J. T. Lanning (1946), p. 45.

<sup>72</sup> Aún cuando no se conoce la reforma de Moya de Contreras, se sabe indirectamente. En las constituciones del marqués de Cerralvo se regula, pero con acuerdo de que no se otorguen por votos, Tít. 24, l.<sup>ra</sup>, pp. 85-86, véase en general todo el título, así como el siguiente que también lleva el número 24, pp. 85-96 y 97-100.

<sup>73</sup> Puede verse su escasa participación en las audiencias hispanoamericanas, según M. A. Burkholder, D. S. Chandler, *From Impotence to authority. The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*, Columbia-London, 1977. Sobre los colegios en México, véase, más adelante, mi nota 93.

<sup>74</sup> Constituciones de Palafox, CLXXXVIII, CXCI a CXCVI, CXCVIII, CCXXV a CCXXXII.

<sup>75</sup> Véase los libros citados en mi nota 32. Una elaboración de estos datos hizo José Ruiz de Esparza, quien los puso amablemente a mi disposición, pero no los ha publicado.

<sup>76</sup> Constituciones de Palafox, CLXXXIX a CXCIII, CXCVII a CCVIII.

<sup>77</sup> Constituciones de Palafox, CCIX a CCXXII.

<sup>78</sup> Real orden de 20 de mayo de 1676, J. T. Lanning (1946), pp. 97-98; también las de 30 de octubre de 1678 y 24 de diciembre de 1681, pp. 65-69, se inserta la primera.

<sup>79</sup> Constituciones: XXXIX a XLV.

<sup>80</sup> Constituciones: LX a LXII y CXCVIII.

<sup>81</sup> Constituciones de Palafox, LXIV, LXV, LXVII a LXX, LXXVI a LXXXIV, LXXXVII, LXXXVIII a CXCVI.

<sup>82</sup> Constituciones citadas, LXXXI a LXXXIV, para el claustro pleno han de concurrir 20. Sobre el *quorum* de otros claustros XCVII y XCVIII.

<sup>83</sup> Véase las constituciones LXXXII y LXXXIII, especialmente.

<sup>84</sup> Constitución LXVI, véase mi nota 52.

<sup>85</sup> Real orden de 19 de marzo de 1740, J. T. Lanning (1946) p. 167, nadie puede sentarse en su claustro, «aunque sea el corregidor de la expresada ciudad, ni otro cualquiera ministro de justicia, ni los prelados o superiores así seculares como regulares...».

<sup>86</sup> Se refleja en el título XXIX de las constituciones de Palafox, al tratar del maestro de ceremonias, pero, sobre todo, en actos y funciones, grados, etc., a lo largo de todo el texto.

<sup>87</sup> Constitución VIII, reformada pronto por varias reales cédulas de 1646 y 1656, citadas en notas anteriores.

<sup>88</sup> Estatutos de Farfán, II, 1.

<sup>89</sup> Véase la constitución CXX, en nota se refiere a la cátedra de Duns Escoto, fundada en 1662. Sobre los consiliarios religiosos, const. IV.

<sup>90</sup> J. T. Lanning (1946), pp. 35-36, 304-305.

<sup>91</sup> Limitaciones de 1576 a los colegios jesuitas, J. T. Lanning (1946), 11 y 11-12, pero después serán concedidos amplios privilegios de graduar por los pontífices, si bien con ciertos límites, C. M.<sup>a</sup> Ajo, *Historia*, III, 610-611.

<sup>92</sup> La presencia entre los consiliarios es muy precoz, en el XVI, como puede verse en A. M.<sup>a</sup> Carreño (1963), en numerosos claustros. Legalmente real orden de 3 de noviembre de 1701; provisión de cátedras 12 de noviembre de 1703 y 9 de agosto de 1704; J. T. Lanning (1946), pp. 118-130. Sobre el pleito varias reales órdenes en J. T. Lanning (1946), pp. 131-135, 137-140, 142-144, 317-320.

<sup>93</sup> Reales órdenes de 3 de septiembre de 1732 y 20 de octubre de 1738, J. T. Lanning (1946), pp. 155-159, la primera inserta. Sobre los colegios F. de Osoreo (1929).

<sup>94</sup> Reales órdenes de 26 de septiembre de 1741 y 19 de abril de 1770, J. Tate Lanning (1946), pp. 168-170 y 219-221.

<sup>95</sup> Esa actitud se revela muy nítida en la real orden de 10 de octubre de 1776, sobre una cuestión de jurisdicción del rector, en la que dice el rey que «esa real universidad era casa mía, construida, edificada y levantada a mis expensas, campeando mis reales armas al frente del edificio; dotadas sus cátedras, ministerios y empleos de mi real hacienda; fundada bajo de leyes y cédulas reales; plantada y continuada por estatutos formados y reformados por mis virreyes, real audiencia y visitadores reales con aprobación mía...», J. T. Lanning (1946), pp. 242-244.

<sup>96</sup> Representan estas breves páginas una aproximación a los poderes y las constituciones de la universidad mexicana, limitada por la extensión, que espero ampliar en el futuro. En todo caso, pretenden borrar la idea de que México es un remedo o traslado de Salamanca, porque —a nivel de norma— sigue sus constituciones y estatutos; busca atajar la interpretación de A. M.<sup>a</sup> Rodríguez Cruz (1973), *Historia de las universidades his-*

*panoamericanas. Período hispano*, 2 vols. Bogotá, y (1977), *Salmanica docet. La proyección de la universidad de Salamanca en Hispanoamérica*, t. I, Salamanca.

Una primera versión de mis páginas fue el objeto de una conferencia, el 6 de marzo de 1980, en la Universidad de Querétaro.



# LA CIENCIA MODERNA Y EL NUEVO MUNDO

Actas de la I Reunión de Historia de la Ciencia  
y de la Técnica de los Países Ibéricos e Iberoamericanos  
(Madrid, 25 a 28 de septiembre de 1984)

Edición a cargo de José Luis Peset

Con la colaboración de Juan José Saldaña, José Sala Catalá, Raquel Alvarez  
Peláez, Antonio Lafuente y Manuel Sellés

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
SOCIEDAD LATINOAMERICANA DE HISTORIA DE LAS CIENCIAS  
Y DE LA TECNOLOGIA

MADRID, 1985

**CATALOGACION EN PUBLICACION  
DEL INSTITUTO BIBLIOGRAFICO HISPANICO**

**REUNIÓN DE HISTORIA DE LA CIENCIA Y DE LA TÉCNICA DE LOS PAÍSES IBÉRICOS E IBEROAMERICANOS (1.<sup>a</sup> 1984, Madrid)**

La ciencia moderna y el Nuevo Mundo : actas de la I Reunión de Historia de la Ciencia y de la Técnica de los Países Ibéricos e Iberoamericanos .(Madrid, 25 a 28 de septiembre de 1984) / edición a cargo de José Luis Peset ; con la colaboración de Juan José Saldaña... [et al.]. - Madrid : Consejo Superior de Investigaciones Científicas : Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología, 1985.

462 p. ; 24 cm.

Bibliografías. - Índice

ISBN 84-00-06140-3

1. Ciencia-América española-Historia-S. XVI-XX-Congresos, asambleas, etc. I. Peset, José Luis, ed. lit. II. Saldaña, Juan José. III. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. IV. Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología. V. Título.

001(8.03)“15/19”:061.3(100)“1985”

RL 16468259

Ri 18402343



© C.S.I.C.

ISBN: 84-0006140-3

Depósito legal: M. 3.119-1986

Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)

Printed in Spain

## COMITÉ DE HONOR:

Excmo. Sr. D. José María Maravall, Ministro de Educación y Ciencia.  
Excmo. Sr. D. Javier Solana, Ministro de Cultura.  
Excmo. Sr. D. Luis Yáñez, Presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana.  
Excmo. Sr. D. Enrique Trillas, Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.  
Excmo. Sr. D. Emilio Muñoz, Director General de Política Científica.  
Excmo. Sr. D. Enrique Tierno, Alcalde de Madrid.  
Excmo. Sr. D. Pedro Laín, Director de la Real Academia Española.  
Excmo. Sr. D. Agustín Albarracín, Director del Instituto Arnau de Vilanova.

## COMITÉ CIENTÍFICO:

Presidencia: D. José Luis Peset y  
D. Juan José Saldaña.  
Secretaría: D. José Sala Catalá.  
Vocales: Dña. Raquel Alvarez Peláez.  
D. José García Martínez.  
D. Antonio Lafuente García.  
D. Manuel A. Sellés García.

## ORGANIZACIONES QUE PRESTARON SU APOYO:

FUNDACIÓN BANCO EXTERIOR  
MINISTERIO DE CULTURA  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA  
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA  
COMISIÓN ASESORA DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y TÉCNICA  
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA (MÉXICO)  
AYUNTAMIENTO DE MADRID

## SUMARIO

INTRODUCCIÓN.....	5
CONFERENCIAS	
Santiago Ramón y Cajal e Hispanoamérica, por Agustín Albarracín .....	13
Dificultades estructurales de la profesionalización de las matemáticas en Colombia, por Luis Carlos Arboleda .....	27
Avances técnicos y consecuencias económicas en la siderurgia española del siglo XIX, por Emiliano Fernández de Pinedo.....	39
MESAS REDONDAS	
I. ENSEÑANZA E INSTITUCIONALIZACIÓN	
Poderey y Universidad de México durante la época colonial, por Mariano Peset.....	57
La Ilustración y la enseñanza de la Medicina en la Nueva Granada, por Emilio Quevedo .....	85
La enseñanza de la Medicina y la Cirugía en Nueva España durante el siglo XVIII, por Martha Eugenia Rodríguez.....	111
Apontamento sobre a Física em Portugal no século XVIII. Um instrumento notavel do Museu de Física do Departamento de Física da Universidade de Coimbra, por Luiz Alte da Veiga .....	123
Militarización de las actividades científicas en la España ilustrada, por Antonio Lafuente y José Luis Peset.....	127
La formación de los pilotos en la España del siglo XVIII, por Manuel A. Sellés y Antonio Lafuente .....	149
La Universidad y la Revolución 1910-1914, por Josefina Mac Gregor.....	193
	461

## II. EXPEDICIONES CIENTÍFICAS

Las Reales Expediciones Científicas a Nueva España, por Enrique Beltrán .....	217
A história da Técnica e as comemorações do V Centénario da viagem de Colombo, por Ruy Gama .....	229
El Ecuador y la Expedición Botánica de Nueva Granada (1783-1816), por Eduardo Estrella .....	233
La Expedición Fidalgo, por Jorge Arias-De Greiff .....	251
Marina y Ciencia: fuentes documentales para la historia de la ciencia moderna en el Museo Naval de Madrid, por Lola Higuera .....	263

## III. CIENCIA E IDEOLOGÍA

Las ciencias modernas en las Universidades y Colegios rioplatenses (siglo XVIII), por Celina A. Lértora Mendoza .....	271
La ideología de la ciencia en México en el siglo XIX, por Juan José Saldaña .....	297
Previsiones ideológicas en la institucionalización de la investigación biológica en Es- paña durante el siglo XIX, por José Sala Catalá .....	327
Eugenésia e ideología, por Raquel Alvarez Peláez .....	349

## IV. MEDICINA Y FARMACIA

Los médicos indígenas novohispanos, por Carlos Viesca Treviño .....	361
Las epidemias en Nueva España en el siglo XVI. Una nueva patología, por Elsa Mal- vido .....	367
El ejercicio médico en el Hospital Real de Santiago en el siglo XVIII, por Delfín Gar- cía Guerra .....	379
La profesión farmacéutica: del gremialismo al corporativismo, por Javier Puerto Sar- miento .....	395
Tentativas y fracasos de reforma de la asistencia psiquiátrica en la España contem- poránea: el caso de Granada (1920-1955), por Guillermo Olagüe de Ros .....	423
Aspectos sociales de la Pediatría española anteriores a la Guerra Civil (1936-1939), por Esteban Rodríguez Ocaña .....	443